

Agobio y normalidad: una mirada crítica sobre el sector “ocio juvenil” en la España actual

Domingo Comas Arnau

Doctor en Ciencias Políticas y Sociología

Presidente del Grupo G-ID y de la sociedad ITACA España

Tras ocupar un lugar poco relevante en el imaginario social e institucional el tema de la gestión pública del ocio juvenil ha pasado, a lo largo de los años 90, a convertirse en un tema importante para nuestra sociedad. A los ámbitos de Juventud se les ha asignado un cierto papel en el control y gestión de este tema. Se trata, en todo caso, de un reconocimiento limitado a la intervención en la asociación entre ocio y riesgos. Parece adecuado utilizar este aumento del protagonismo de los ámbitos de Juventud como una oportunidad para una análisis crítico, que nos permita ser algo más lúcidos sobre la dinámica social de la juventud española en el último decenio. Por ello se plantea una hipótesis teórica sobre el significado y sentido del ocio juvenil de fin de semana, se somete a contraste empírico y se evalúa el modelo propuesto en relación con las posibles prácticas sociales e institucionales. El objetivo general reside en facilitar una visión macro que ayude a los análisis microsociológicos imprescindibles para cualquier intervención.

Palabras clave: ocio, tiempo libre, fin de semana, tiempo, cambio social, generaciones, alcohol, drogas,

1. La perspectiva histórica del ocio

La imagen que mantiene actualmente la opinión pública en torno a las características del ocio juvenil de fin de semana se sostiene sobre dos componentes principales, el primero, manejado tanto por los jóvenes como por los adultos, se refiere a la percepción de este ocio como un comportamiento humano inmutable, de carácter tradicional y equivalente a un “derecho” natural. El segundo componente lo manejan casi exclusivamente los adultos, los cuales sostienen que algo ha cambiado en los últimos años en estas formas de ocio y que el cambio implica mayores dosis de riesgo para los jóvenes, los cuales además practican durante su ocio formas de comportamiento “asocial” que refleja una cierta “falta de educación” y por tanto una crisis en la trasmisión y reproducción de valores y normas sociales. Sin embargo ambos componentes son construcciones históricas muy recientes, cuyo actual contenido nos permite desvelar una serie de lógicas sociales y económicas relacionadas con el papel de los jóvenes en nuestra sociedad.

1.1. La emergencia histórica del “tiempo de ocio”

El tiempo de ocio es una novedad histórica. Hace menos de dos siglos, en un momento tan cercano como en el Antiguo Régimen existían **clases ociosas** pero no se concebía un tiempo de ocio específico para el conjunto de la población. El calendario, para una mayoría, mostraba su división en semanas, pero una semana seguía a la otra sin espacios de ocio que las diferenciaran (Rybczynsky, 1991). Es bien cierto que, al menos en Occidente, el cristianismo al santificar el domingo como “día del señor” había establecido una barrera en el monótono transcurrir del tiempo. Pero el domingo era el día para un conjunto de obligaciones, de tipo religioso, social e institucional, que hacían del “día festivo del señor”, paradójicamente, el día con menos tiempo de ocio disponible. El ocio aparecía sólo en los resquicios de las obligaciones laborales y familiares del resto de los días de la semana, como pequeños tiempos de descanso, vividos de forma ambivalente como algo que se arrebatava a la “obligación de trabajar”

que formalmente cubría la totalidad del tiempo, salvo el destinado al descanso y la reparación biológica.

El tiempo de ocio específico para toda la población y su concentración en el fin de semana aparece con la sociedad industrial. Una disciplina social general y laxa se sustituye por una disciplina laboral más concreta y estricta que no admite ni excusas, ni tiempos muertos, ni ningún tipo de flexibilidad. A cambio aparece, como derecho, el tiempo de ocio, primero sólo el domingo y después todo el fin de semana. Al principio se trata de un comportamiento puramente burgués, en el que coinciden propietarios, profesionales y funcionarios, bajo el lema *"un trabajo duro, asumido voluntariamente, por una clase que podría ser ociosa, tiene que tener sus compensaciones"* pero después se convierte en uno de los elementos centrales de las reivindicaciones obreras, confundándose con el tema de la jornada laboral y el máximo de horas semanales. La pugna por construir un tiempo de ocio específico para el conjunto de la sociedad dura más de un siglo, desde sus primeras expresiones en el París y el Berlín a mitad del siglo XIX hasta su definitiva consagración en el último tercio del siglo XX (Rybczynsky, 1991; Pronovost, 1996).

1.2. El ocio y las nuevas formas sociales y culturales

La conformación de un tiempo de ocio específico implicó una revolución cultural que se inició en los países industriales de Europa (Francia y Alemania en particular) en el siglo XIX, que siguió más tarde en EE.UU. y en Inglaterra (países con una ética del trabajo muy puritana que fue más difícil cambiar) y que se consolidó en todo el mundo desarrollado en el último tercio del siglo XX.

Se trata de una revolución que transcurrió en paralelo, y que en parte explica la evolución de otras revoluciones, como la del cuerpo, los placeres, el sexo, el yo reflexivo (Giddens, 1991) y en general la sustitución de la ética frugal del

restriccionismo por la ética del consumismo superfluo. La figura de Keynes diferencia, en términos de teoría económica, una época en la que el consumo (y el ocio) es visto como un derroche injustificado de otra época en la que se convierte en una exigencia para el desarrollo (Comas y Gracia, 2000).

Sin embargo esta gran transformación, incluso en los países mas avanzados, no se vivió de forma efectiva hasta las décadas de los años 60/70 del siglo XX, momento en el que, ya para una mayoría, apareció el fin de semana como un largo tiempo de ocio, vivido como un derecho inalienable (Rybczynsky, 1991). El análisis empírico de esta transformación le permitió a Dumazedier postular que aquellos veinte años habían servido para sustituir el tiempo de "ocio tradicional" con actividades más o menos formalizadas, por un "tiempo libre" en el que aparecían múltiples alternativas (Dumazedier, 1988).

Sin embargo, en mi opinión, el ya clásico estudio de Dumazedier, muestra otra cosa: la dualización de los tiempos y la concentración de este tiempo libre durante el fin de semana. Dicha concentración permite la diversificación de las ofertas, pero se trata de ofertas que, justamente porque aparecen en un tiempo (y en general en espacios) delimitados, pueden mostrar una característica común: se trata de ofertas resultado de actividades económicas que producen beneficios. Obviamente al tratarse de ofertas uno puede rechazarlas, pero si no acepta ninguna entonces ya no practica las actividades que definen el tiempo libre. Luego el tiempo libre no es "libre" porque es un tiempo en el que se obliga a consumir entre, eso si, diversas alternativas, desde la televisión hasta el "botellón" pasando por la zarzuela. Se trata además de un sector de actividad que va ocupando un lugar central y cuya evolución resulta clave para el desarrollo económico (Gershuny, 1991), especialmente como fuente de empleo. Llamar a todo este fenómeno "tiempo libre" no deja de ser una ironía.

2. Ciclos históricos y generaciones

La última década del siglo XIX ha visto emerger, de un lado las teorías de la complejidad y de otro las metodologías constructivistas, como producto final de un ciclo cultural que se inició también en los años 60/70 bajo el paraguas del relativismo cultural y un supuesto postmodernismo (Anderson, 1998). Este movimiento histórico de las ideas respondería tanto a la necesidad de dar una respuesta al optimismo absoluto del positivismo y el marxismo, como a las exigencias de un mercado para el que las categorías históricas sólo pueden ser productos equivalentes en una "sociedad del espectáculo" (Debord, 1967).

Este contexto intelectual ha conducido a una mayoría de sociólogos a trabajar el tema de la juventud desde una perspectiva crítica que atendía básicamente al significativo, es decir, se trata de intentar interpretar, con la lógica de la publicidad, que es lo que se entiende por "ser joven". En algunos casos también se consideran los cambios recientes acaecidos en el concepto. Pero este es un enfoque limitado porque no considera que este marco teórico e intelectual constituye también un **producto** de las actuales condiciones económicas y sociales. En otras palabras, si asumimos sin más el marco conceptual dominante, limitamos nuestro análisis de las relaciones sociales a aquello que el sistema económico considera pertinente, lo cual, a su vez, nos impide realizar los planteamientos microsociológicos que requieren las intervenciones sociales. En cambio algunos conceptos, relacionados con teorías tradicionales del cambio social nos permiten visualizar un contexto en el cual el sistema económico no es el árbitro sino otro jugador, en un terreno de juego local.

2.1. Los ciclos históricos

Los ciclos históricos representan una forma de delimitar los cambios que acontecen en una sociedad, una forma de visualizar estos ciclos se refiere a la selección de acontecimientos relevantes, para los que se supone hay un "antes" y un "después", que distinguen un ciclo de otro.

Aunque esta forma metafórica de diferenciar los ciclos resulta visualmente muy clarificadora, puede resultar también muy subjetiva. Las ciencias que trabajan los ciclos, como la economía, la psicología evolutiva y la demografía, pretenden, en cambio, delimitar los ciclos desde parámetros objetivos, sean respectivamente los datos macroeconómicos, las modificaciones medibles de los comportamientos y las actitudes o los diversos tipos de tasas demográficas. Pero de hecho, al final, los cambios se suelen identificar con acontecimientos, quizás acontecimientos en principio poco significativos pero que después adquieren protagonismo porque representan este cambio de ciclo.

Si bien hay un cierto consenso en torno a los ciclos económicos y a su relevancia, también está claro que la complejidad de la vida social no se resume en el determinismo económico. La vida cotidiana, la política y los referentes culturales de una determinada sociedad pueden seguir otro ritmo y de la misma forma en que, por ejemplo, los ciclos económicos pueden influir en los culturales, los culturales inciden sobre los económicos. El hecho de que los ciclos económicos sean los que se pueden medir mejor, no significa ni que determinen a los demás, ni que a través de estas medidas podamos establecer las características y la duración de todos los ciclos sociales. El ciclo económico es sólo un dato más en el análisis del cambio social que debemos completar con elementos, más o menos cualitativos, para delimitar otros ciclos. Al final quizás nos encontremos sólo ante una metáfora, pero si esta nos permite captar la esencia del cambio social, resulta sociológicamente más productiva que el mero análisis cuantitativo de los ciclos económicos. En el siglo XX aparecen una serie de ciclos cortos y otros largos. El ciclo largo sólo suele identificarse trascurrido un cierto tiempo desde que han finalizado, mientras que los cambios del ciclo corto son más evidentes. En el último tercio del siglo parece haberse producido una aparente **aceleración de los ciclos cortos**, aunque un acontecimiento como la crisis de los Países del

Este en 1989 y el triunfo del liberalismo a escala mundial, también parecen indicar que entramos en otra "época" de la historia, caracterizada por la globalización en un sistema único, la reducción de los riesgos inmediatos y el crecimiento de los riesgos generales.

2.2. Las generaciones

El actual concepto de "generación" es una importante aportación española a las ciencias sociales (de hecho la única que recoge la Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales), sin embargo, en España, dicho concepto apenas ha sido utilizado. La idea de una "evolución generacional" se la debemos a Comte, pero fueron Ortega y Gasset y más tarde Marías los que se interrogaron sobre la viabilidad metodológica del concepto, transformando la idea de una generación-cohorte en la idea de un bloque poblacional que ocupa un determinado espacio histórico, estableciendo una cierta correspondencia entre ciclos históricos y generaciones, en forma de una "*cartografía empírica de las generaciones histórico sociales*" (Marías, 1968). Conviene también destacar el concepto de "*conflicto generacional*" construido por Mannheim para escenificar que una generación se constituye, es decir adquiere identidad, cuando se diferencia de otras, lo que implica que "generación" es un concepto sustentado en la idea del "conflicto", porque si no hay conflicto no existe una diferenciación generacional (Mannheim, 1928). De hecho, sin dar en todo la razón a Mannheim, los trabajos de "cartografía generacional" aportan muchos datos pero no construyen modelos estables de interpretación de la realidad (Keessler y Masson, 1986).

La forma tradicional de situar las generaciones a lo largo del siglo XX ha sido utilizando a la vez la "cartografía empírica" y el "conflicto" padres/hijos. La mayor dificultad ha sido siempre situar a una generación de padres frente a otra de hijos cuando la pirámide de edades forma un continuo en el que aparecen todas las edades y todos los roles familiares, lo que se ha venido resolviendo,

también de forma tradicional, mediante la utilización de algún acontecimiento histórico particular, usado metafóricamente para diferenciar un ciclo de otro y definir así quien conformaba la generación de los padres y quien la de los hijos. Pero la aceleración de los ciclos cortos al final de siglo XX (de diez a quince años) combinado con el retraso en la edad de la fecundidad que establece, al menos en España, una diferencia media entre padres e hijos adolescente de alrededor de treinta años, ha venido a enturbiar esta práctica.

3. Ciclos y generaciones en la España contemporánea

Una aportación teórica basada en los ciclos históricos y en las generaciones, puede resultar, a modo de ensayo, más o menos aceptable, simpática o atractiva. Pero desde una perspectiva práctica necesitamos situarla empíricamente sobre una realidad concreta. En los apartados siguientes se va a proponer un esquema evolutivo, en el que se situará el tema del ocio y del fin de semana, desde una doble perspectiva, la evolución histórica general y la evolución personal. Componentes históricos y componentes de la psicología evolutiva que se superponen de forma fecunda sobre el concepto de generación. Esta claro que con esto no producimos una microsociología pragmática, pero hemos dado un paso en la dirección correcta, que se concluirá el día que seamos capaces de añadir a este modelo de referencia para el ocio y el fin de semana, el análisis del ciclo anual.

3.1. Criterios para una tipología

En los últimos años, para tratar de explicar la evolución del consumo de drogas, he venido trabajando en el análisis del cambio social en España, en un primer momento se trataba de intentar determinar la lógica interna de este hecho social (Comas, 1996) y sus connotaciones institucionales (Comas, 1997), pero después fue evidente que sin una visión general del cambio social las teorías sectoriales resultaban insuficientes. La perspectiva de

los cambios en el sistema familiar (Comas, 1998) y en el sistema de estratificación social (Comas, 1999), ha posibilitado un salto cualitativo en la comprensión de los ciclos y generaciones presentes en la segunda mitad del siglo XX en España, lo que me ha permitido formular una hipótesis bastante omnicompreensiva sobre la dinámica generacional de las drogas en este periodo (Megías, 2000). Esta hipótesis nos ayuda, al menos en parte, tratar de comprender el tema del ocio de fin de semana.

La hipótesis establece que, en la actualidad, en su convivencia con las drogas en España, se expresan cuatro actitudes etarias muy distintas, la primera la de los adolescentes, la segunda la de los jóvenes no emancipados mayores de 23 años, la tercera la de los adultos (la mayoría padres) menores de 49 años y la cuarta y última se corresponde con los mayores de 53 años. Estas cuatro actitudes representan una combinación de ciclos históricos, generaciones y desde una perspectiva psicológica etapas evolutivas. En términos generacionales se detectan tres grupos muy distintos, que se corresponden con idénticos grupos generacionales del estudio sobre la evolución de las mentalidades realizado a partir de las "encuestas de juventud" para el INJUVE en 1993 (Martín Serrano, 1994). Lo que vendría a confirmar que estamos por el buen camino. Este conjunto de resultados nos conduce hacia un modelo de **tres generaciones** que vamos a identificar utilizando la terminología de Margaret Mead, la primera sería una generación prefigurativa, en la que los hijos aprenderían y se someterían al dictado y a los criterios de socialización de los padres, la segunda una generación posfigurativa en la que los hijos aprenderían por sí mismos y a la vez entrarían en conflicto con los padres y la tercera una generación cofigurativa de aprendizajes compartidos y aparente ausencia de conflicto. En cada una de ellas el tema del ocio sería vivido de una forma distinta. Obviamente cada una de ellas representa un tipo ideal del que destacaremos cuales fueron los adolescentes arquetípicos que la protagonizaron en cada etapa.

3.2. La generación prefigurativa en la etapa de la precariedad

La generación que nace en la guerra y en la inmediata posguerra y ver transcurrir su adolescencia en los años 50 y que ahora, en el año 2000, son al menos recientes abuelos, se socializa en condiciones de precariedad económica, disciplina familiar y desinformación pública. Su prototipo central lo representarían los adolescentes de los años 50/55. Sus padres han vivido la experiencia y el trauma de la República y la Guerra Civil, lo que los hace depositarios de un "saber" que no comparten fácilmente con sus hijos, a los que tratan de forma severa. Esta actitud, combinada con las precarias condiciones económicas y la notable influencia de una Iglesia Católica muy integrista, produce un tipo de ocio familiar y casero, muy uniforme, tradicional y repartido a lo largo de la semana.

Los domingos, el único día festivo, ofrecen sólo como tiempo limitado de ocio la tarde que además hay que compartir con otras obligaciones sociales como las visitas familiares. El ocio de los padres es el fútbol y el de los jóvenes pero sólo a partir de una cierta edad, el cine. Las mujeres, en especial las mujeres casadas de clase media y baja, tienen muy poco tiempo de ocio de fin de semana, ya que este es un momento en el que se acumula el trabajo doméstico para las comidas más elaboradas. En este contexto el ocio dominical también es muy familiar, privado y casero, no conlleva ningún tipo de consumo relevante y no se identifica en cuanto a tal.

3.3. La generación posfigurativa en la etapa del cambio

Los años 60 contemplan el fenómeno del desarrollismo, la mejora de las condiciones económicas que preceden a los cambios sociales, políticos y culturales que no llegaron hasta la transición política. Se produce así un desajuste entre una situación económica que hace posibles una serie de comportamientos, entre los que se encuentran los relacionados con el ocio, pero cuya práctica se encuentra con dificultades que

proceden de los componentes culturales dominantes. Se dispone de tiempo y medios para el ocio, pero aún no existe una cultura del ocio. Serán los jóvenes los únicos que van a ser capaces de percibir esta posibilidad y van a construir una cultura del ocio alternativa y **contra** los criterios de sus padres que viven fascinados por el pluriempleo y las posibilidades de mejora económica. El prototipo central de esta generación serán los adolescentes de los años 70/75. Se trata de un momento, en términos de cambio social, especialmente denso y de hecho constituye una permanente fuente de inspiración literaria y cinematográfica, pero hay pocos estudios sociológicos reales sobre estos procesos de cambio. Está claro que el tiempo de ocio crece, pero el fenómeno del fin de semana no se va a iniciar, de forma masiva, hasta la década de los 80. Asimismo aparece la nocturnidad, pero la practican sólo ciertos núcleos de jóvenes trabajadores y universitarios. Un ocio consumista comienza a manifestarse de forma tímida para todas las edades y las clases sociales pero ligado esencialmente a las vacaciones, "puentes" y fiestas locales. En todo caso las nuevas formas de ocio son vividas como parte de un conflicto generacional en el que los padres quieren mantener las viejas pautas mientras los hijos se adaptan a la nueva realidad económica. Esto explica tanto el hecho de que las diferencias en el ocio entre géneros sean aún muy importantes al menos hasta los años 80, ya que las chicas tienen un menor nivel de éxito en sus reivindicaciones frente a sus padres, como el hecho de que será la generación de los hijos (la realidad económica resulta aquí determinante) la que acabará por imponer sus criterios tanto en relación con las prácticas de ocio como con el consumo.

3.4. La generación cofigurativa en la etapa de la libertad

A partir de los años 80 consolidado el sistema democrático, las libertades y cultura consumista que se expresa especialmente en las dos grandes etapas de crecimiento económico (1986-1991 y

1996-2000), se produce una adaptación al modelo de ocio dominante en los países más desarrollados e incluso este, quizás por el carácter turístico de España, adquiere perfiles más radicales.

Elementos centrales en esta situación lo constituyen la consolidación del modelo dual entre días laborables y fin de semana, el espectacular incremento de tamaño, valor añadido y beneficios del sector de la industria del ocio y por supuesto la vivencia unánime de los ciudadanos de que esta es una conquista que no admite retrocesos. El prototipo más acabado de esta generación lo representarían los adolescentes de los años 1995/2.000, los cuales se han encontrado con un determinado modelo de ocio y se limitan a utilizarlo. En este sentido se produce una aparente falta de conflicto, especialmente cuando los padres se ubican claramente a la generación anterior, para los cuales sus hijos deberían no sólo deberían aprovecharse de aquello que a ellos les costó tanto construir, sino seguir construyendo lo que ellos conciben como "los espacios de libertad" que ellos, la generación postfigurativa de los padres, crearon y conquistaron. El conformismo de los hijos en este tema produce perplejidad en unos padres que sostienen que los jóvenes deberían ser rebeldes (Megías, 2000b) y que no comprenden que, al menos en el tema del ocio, no tienen ya nada que reivindicar, ni por supuesto nada por lo que luchar. Pero si estamos ante una generación distinta, de acuerdo con Mannheim, deberemos especificar algún tipo de conflicto. El más inmediato parece el de los horarios de vuelta a casa. Pero este es un conflicto más aparente que real relacionado sólo con el tema de la edad idónea y no con el tipo de actividad o el derecho a la nocturnidad. Desde el ocio familiar de la niñez, periodo en el que el conflicto no existe, hasta la libertad de horarios que algunos "logran" en la adolescencia, otros a los 18 años y algunos más tarde, aparece una etapa conflictiva que dura por término medio unos cinco años en el que se debate la hora de vuelta a casa, pero no es un debate sobre la actividad nocturna en sí misma sino sobre la edad adecuada para practicarla.

El verdadero conflicto generacional, que vamos a ir describiendo en los próximos apartados, tiene más bien que ver con el tipo de exigencias que produce un ocio consumista para el que apenas hay alternativas, lo que provoca que la mitad de los jóvenes se inhiban, busquen espacios de ocio ajenos al sistema y al resultarles tan difícil renuncien, salvo en ocasiones aisladas, al mismo. Lógicamente esto es algo que la generación anterior, bregada en la lucha por determinados logros, no puede comprender y prefiere pensar que **todos** los jóvenes están en la calle **todos** los fines de semana y hasta altas horas de la madrugada (Aguinaga y Comas, 1998; Megías et al, 2000a, Megías et al, 2000b, Elzo et al, 2000).

4. El proceso de construcción del tiempo de ocio en España

La dinámica generacional establecida en el apartado precedente nos permite mostrar la evolución del tiempo de ocio en España. Como consideración previa hay que señalar que hasta el momento de la Guerra Civil, se puede afirmar que a grandes rasgos España participó en el mismo proceso, con relación a la construcción de un tiempo específico de ocio, que el resto de Europa, aunque, en aquellos momentos, existía un cierto retraso económico global y un gran volumen de población rural que, a lo largo de este periodo, vivía al margen de estos procesos. Sin embargo la Guerra, y en especial la posguerra, quebraron este proceso que no se recuperó hasta los años 60. Por ello la generación prefigurativa fue socializada en una concepción tan limitada del ocio. En cambio la recuperación de la idea de un tiempo específico para el ocio fue en los años 60 y 70 muy rápida, en parte porque se salía de una "situación especial" de retraso y en parte porque, como hemos visto, aquellos fueron los decenios que, en el mundo desarrollado, se conformó definitivamente el fin de semana.

En el año 1960 vivíamos, los españoles, en un mundo muy antiguo y sin tiempo específico de ocio, pero al llegar a los años 80 estábamos ya a

un nivel similar al de Francia. Los franceses habían tardado casi un siglo en recorrer el mismo camino que los españoles recorrimos en veinte años. En Francia fue, en términos sociales, un proceso natural y poco problemático, en cambio en España esta profunda y rápida transformación supuso una fuente de problemas para la generación postfigurativa.

Para captar mejor tanto este proceso así como los problemas que se derivaron del mismo, vamos a utilizar dos ejemplos, en primer lugar los cambios en el significado del ocio en las diversas etapas históricas y en segundo lugar la transformación simbólica de algunos riesgos (drogas ilegales y alcohol) en su asociación con el ocio. Ambos ejemplos nos permiten además, al menos en este tema, liberar la actual generación cofigurativa de las proyecciones de la anterior generación.

4.1. Del descanso reparador a la relajación consumista y el papel de los sectores subordinados

En el año 1960 el tiempo de ocio era un tiempo de descanso para el cuerpo mientras que en el año 2000 el tiempo de ocio es un tiempo para la hiperactividad. En 1960 los tiempos de ocio, repartidos a lo largo de la semana, se distinguían de los tiempos de fiesta, unas pocas y señaladas ocasiones a lo largo del año, los únicos en los que aparecía la nocturnidad, la bebida, los encuentros y los noviazgos, algo de trasgresión masculina y una cierta permisividad. En el año 2000 el ocio se concentra en el fin de semana y es esencialmente festivo, en cambio las "fiestas" son un tiempo "no laboral/escolar" más largo que el fin de semana, en el que paradójicamente se suelen incluir los viajes culturales y el descanso reparador (Aguinaga y Comas, 1998).

En cuarenta años hemos pasado de un domingo destinado al descanso a un fin de semana destinado al consumo. La transformación obedece a un cambio en las lógicas económicas, ya que mientras en el año 1960 el trabajo tenía

un carácter central, casi exclusivo, para el desarrollo económico, en el año 2000 el consumo en el tiempo de ocio resulta imprescindible para la estabilidad del sistema. Entonces para un mejor rendimiento laboral era imprescindible descansar mientras que ahora para mantener el volumen de la circulación monetaria resulta imprescindible consumir. En ambos casos el rostro de la subordinación es el de aquellos sectores de la población que no tienen la opción de descansar o la opción de gastar. En 1960 las mujeres amas de casa de clase media y baja no descansaban los domingos y actualmente una parte importante de jóvenes sólo puede trabajar durante el fin de semana (Comas, 1997).

El trabajo de las mujeres los domingos de hace cuarenta años permitía que los hombres descansaran mientras que el ocio del fin de semana de los jóvenes se ha convertido en el principal yacimiento de empleo de otros jóvenes. En ambos casos el sistema cultural sostiene la idoneidad de los comportamientos dominantes, en un caso el descanso y en el otro el ocio consumista, lo que incrementa el deseo de aquellos que no pueden acceder a esta situación. Las mujeres reivindicaron el derecho al descanso y muchos jóvenes buscan ahora la manera de participar en un ocio de fin de semana que la actual oferta laboral les niega. El deseo de los sectores sociales subordinados sirve para legitimar desde lo hegemónico estas opciones sociales. En este momento el ocio de fin de semana de los jóvenes se legitima, al menos en parte y en lo ideológico, porque una parte de ellos, a pesar de desearlo, no tiene manera de practicarlo. Pero se trata de un argumento tan falaz, erróneo y perverso como podría ser un argumento equivalente que sostuviera la legitimidad de los malos tratos en el ámbito doméstico por la presencia de casos de masoquismo insatisfecho. De hecho esta falacia, como iremos viendo, ha sido percibida por muchos jóvenes que comienzan a abandonar cualquier práctica de ocio de fin de semana.

4.2. El alcohol y las drogas como paradigma de los riesgos relacionados con el tiempo de ocio

4.2.1. La etapa de las drogas ilegales

En el periodo que se extiende a lo largo de los años 70 y 80, para la generación postfigurativa que supera la adolescencia tras la transición política, el paradigma del riesgo lo representaban las drogas ilegales, todas las drogas ilegales, vividas por los adultos como un peligro y por los jóvenes como una oportunidad, un cambio o un aprendizaje cultural. Algunas drogas, como la heroína, dieron la razón a aquellos adultos, pero otras como el cannabis se la dieron a aquellos jóvenes. Drogas, ocio y diversión se convierten, para la generación prefigurativa de los adultos y los padres, en un mal al que hay que enfrentarse, para poder mantener la normalidad social. De hecho para los adultos representan un riesgo cierto porque escapan a su comprensión de los cambios sociales. Su cultura de origen es el ocio reparador y no entienden nada del ocio consumista. El riesgo no son las drogas, todas las drogas, sino el cambio social, el nuevo esquema cognitivo, en las que estas se insertan. Después, al mismo ritmo que van aceptando y asumiendo el cambio social y cultural, aquellos adultos comienzan a discriminar las drogas y sus efectos, lo que a su vez posibilita las intervenciones sociales. De hecho no fue hasta 1980/81, al identificarse socialmente a la heroína como una categoría distinta de "droga", cuando los usuarios comenzaron a verla como algo más que un componente del cambio social y se pudieron plantear, con una cierta garantía de éxito, programas preventivos y asistenciales. Los problemas de drogas de los años 80, pueden verse así como el resultado de una determinada coyuntura histórica, presidida por la lucha para conquistar el tiempo de ocio consumista del fin de semana durante las dos décadas precedentes. Una lucha que impide realizar distinciones, tanto para aquellos que se oponen a este cambio como a aquellos que lo reivindican. Quizás por ello los problemas de la heroína serán tan reales e importantes.

4.2.2. La etapa del alcohol

Al llegar a los años 90 las drogas ilegales, con independencia de su nivel real de consumo, pierden relevancia, en parte porque los problemas de la heroína parecen controlados y en parte porque la asociación diversión/drogas ya no pueden mantenerse con el mismo formato cuando la sociedad ha aceptado la legitimidad de un fin de semana destinado a la diversión en forma de ocio consumista. Es decir si el rechazo a las drogas ilegales se sostenía sobre el rechazo a un cambio cultural, una vez aceptado este cambio se hace necesario colocar a las drogas en otro lugar. La irrupción del SIDA va a ayudar mucho en esta transformación y las drogas "peligrosas" se van convirtiendo en un problema exclusivamente "sanitario" que ya no tiene que ver con el ocio (Comas, 1993), mientras otras drogas "menos peligrosas" pueden seguir formando parte del mismo (Elzo et al, 2000).

Pero este tiempo de ocio ha sido construido como trasgresión en un contexto de conflicto generacional, lo que implica que, para aquellos que lo construyeron así, se tiene que mantener, al menos de una manera virtual, este componente. El consumo de cannabis, a pesar de caracterizar muy claramente el ocio nocturno de fin de semana, no puede realizar esta función, porque ya aparece asociado al conflicto de los años 70 y 80. El lugar lo va a ocupar el alcohol y las drogas de diseño. Las segundas tienen sus complejidades y por esto no vamos a tratarlas aquí, en parte porque ya lo hemos hecho muy recientemente (Megías et al, 2000a) y en parte porque disponemos del ejemplo perfecto en el alcohol.

De entrada ya vimos en 1992 (Comas, 1993), como se estaba produciendo un importante cambio en los hábitos de consumo de alcohol de los jóvenes, los cuales dejaban de consumir en las comidas y entre semana para hacerlo durante el ocio nocturno de fin de semana. En una reciente réplica del estudio de 1992, realizada en Palma de Mallorca en 1999, un lugar cuya imagen es la de mucha "marcha nocturna" y en el que se supone que los comportamientos culturales (por ser la

Comunidad con una mayor renta del país) se inician antes, nos confirma que el consumo de alcohol se ha hecho exclusivo de fin de semana, hasta el punto de que el 98% del alcohol (en CC. de alcohol puro) que consumen los jóvenes mallorquines lo hacen el fin de semana, siendo de 14-16 años el 100% y de 17-19 años el 99,7% (Aguiló, Gelabert y González, 2000). En este mismo estudio podemos observar, además aquellos a los que llamábamos "abstemios" en 1992, es decir que no habían bebido nada en el último mes (un 34,3%) pasan a ser en ocho años, en el citado estudio de Palma de Mallorca, un 51,2%.

No disponemos de datos para explicar sintéticamente porque ha ocurrido esto con el alcohol, pero si podemos llegar a comprender porque ha sido relacionado el alcohol, más que ninguna otra cosa, con el ocio de fin de semana. Primero porque está ahí, pero segundo y más importante, porque los adultos que crecieron en el conflicto del ocio necesitan relacionar este ocio con algún tipo de conflicto, riesgo y problema. Sin acabar de comprender que la actual generación de jóvenes vive con entera libertad (la que ellos mismos conquistaron y le entregaron) este tiempo de ocio. El alcohol no está ahí como una forma de provocación sino como un consumo perfectamente integrado e integrable. Incluso en recientes estudios hemos podido ver como para una mayoría de jóvenes, de la que se excluyen dos minorías, los que beben siempre y los que nunca, el consumo problemático circunstancial sólo se realiza durante un determinado periodo entre los 14/15 y los 22/23 años. Además el número total de jóvenes bebedores se viene reduciendo a lo largo de los años 90, siendo justamente el cambio sociológico más relevante de esta década y en este tema el aumento del número de abstemios, relacionado, al menos en parte, con la aceptación por parte de los jóvenes de los mensajes preventivos. Es decir, tras desearlo y probarlo casi todos en la adolescencia y primera juventud, aparecen **crecientes formas de resistencia** ante un proyecto social propio de los adultos.

5. El ocio como consumo

Ya se ha analizado en los párrafos precedentes la importancia económica del ocio consumista de fin de semana, pero antes de proponer algún tipo de respuesta, conviene intentar visualizar los mecanismos culturales internos de este tipo de consumo.

5.1. Las prácticas de ocio de fin de semana

Del análisis precedente se deduce que las prácticas de ocio de fin de semana suponen un ritual de rebelión consentido, necesario para la reproducción social, o al menos la económica, que además conduce a los jóvenes hacia una "normalidad" cultural construida por sus padres. La generación postfigurativa de los padres vive, desde su sistema cultural, esta situación siguiendo una norma que dice "como padre debes agobiarte pero no hacer nada", dicho agobio supone asumir un comportamiento normal profundamente interiorizado y construido por ellos mismos cuando eran jóvenes en las décadas de los años 60/70. Por su parte los jóvenes lo viven como algo normal, —de hecho esto es lo que es en términos sociales y culturales—, pero se agobian de vez en cuando ante el incomprensible agobio de los adultos.

En este sentido el ocio de fin de semana es una alternativa única, mecánica, en la que participan una parte sustancial de jóvenes porque los que no participan no tienen otra alternativa. Pero la poca fuerza que posee entre los jóvenes lo demuestra el hecho de que, a pesar de que no tienen otra cosa, la mitad de ellos tras haberlo probado, desearían un ocio no consumista, distinto para el fin de semana, creado por ellos mismos y no heredado de la generación anterior.

Es cierto que los adultos, en especial los adultos de la generación postfigurativa, desearían ver en los jóvenes una actitud más crítica, más rebelde, especialmente en estas prácticas de fin de semana, ya que ellos las vivieron desde esta perspectiva. Pero este es un deseo contradictorio

porque en ningún caso están dispuestos a admitir algún cambio en el sistema que ellos, con muchas dificultades, construyeron, por esto es imposible que acepten que una gran parte de jóvenes renuncien al ocio que se les ofrece o que aquellos que lo practican son justamente los más acomodaticios.

5.2. El significado de estas prácticas

El ocio es sólo consumo y se gasta, se trata de un patrimonio expresado en términos de "derecho a" que forma parte de una "nueva economía", de la que se habla mucho menos que de la "nueva economía" que se ha desarrollado en torno a internet, que no cotiza en bolsa, con una incidencia financiera menor, pero que contiene alguno de los más importantes yacimientos de empleo. Quizás sea la "economía del ocio" la que nos permita explicar el contrasentido, que para la ciencia económica, supone el hecho de que crezca el empleo y el PIB al tiempo que baja la inflación, en todo el mundo desarrollado, en los últimos cinco años.

En todo caso ya hemos visto que no todos gastan este patrimonio al mismo ritmo, algunos gastan de una forma continua todos los fines de semana (lo que obviamente implica mayores riesgos), otros gastan con un ritmo más prudente y algunos lo consideran un gasto extraordinario. Lógicamente la sociedad, las instituciones, los agentes sociales y en particular los agentes económicos que dominan el discurso social no perciben estas diferencias sino que sólo permiten visualizar la práctica del "gasto", lo que a su vez les permiten proyectar la falsa imagen de que todos los jóvenes durante todos los fines de semana participan en lo que ellos llaman la "movida". Los que no lo hacen al no consumir, al no realizar ningún "gasto" no existen para la economía y por ende, en este particular momento histórico, para el imaginario social. Obviamente los jóvenes que participan en la "movida" o en la "marcha" no lo viven así, para ellos el fin de semana es un rito de paso, que se repite con una determinada frecuencia, y que se renueva con aparentes novedades. Se trataría de

un rito de participación en un espacio público que implica una inmersión comunitarista (Delgado, 1999), en una sociedad cuyos valores de referencia son, en lo privado y en lo laboral por parte del grupo familiar y a lo largo de los "otros" días de la semana, profundamente individualistas y competitivos (Megias et al., 2000). El ocio del fin de semana sería, en términos psicosociales, una compensación por las prácticas y actitudes "necesarias pero desagradables" del resto de la semana. Pero como el espacio de la solidaridad apenas existe, aunque la mayoría de voluntarios también se limitan a ejercer durante el fin de semana (Aguinaga y Comas, 1997), la expresión de lo comunitario se manifiesta en las prácticas del mercado del ocio. Luego, aunque los jóvenes lo viven así, la "movida" no es un proyecto de los actuales jóvenes sino de agentes económicos adultos.

En este sentido los jóvenes han "tropezado" con la única forma de participación social que les ofrece el sistema. Participan consumiendo ocio. Un ocio que canaliza las anteriores formas de rebeldía a través de la diversión (Beck, 1997). Se trata, por tanto de una "rebeldía controlada" por el sistema de consumo, es decir, lo que hemos descrito más arriba como un ritual de rebeldía consentido que bloquea la verdadera rebeldía. La trasgresión, los riesgos, implican actos de compra porque existe una oferta, sólo grupos muy minoritarios, como los verdaderos okupas, se salen de esta lógica. Estamos ante un perfecto tipo ideal weberiano: una construcción del imaginario social con la que se identifica casi toda la sociedad, en este caso los jóvenes, pero que en realidad sirve para otras cosas.

Los riesgos adoptan así un perfil equivalente a lo que, hace casi medio siglo, George Devereux llamó **trastorno étnico**, entendido como la exageración de una conducta habitual y **prescrita** en una cultura determinada, lo que implica que dicho trastorno sólo puede existir en el seno de dicha cultura. El trastorno étnico es una fuente de conflictos ambivalentes porque a la vez representa un comportamiento normal y aceptable, pero

también, por su propia exageración, algo anormal. Cada cultura dice trazar una línea entre lo normal y lo patológico en este tipo de trastornos, pero lo cierto es que no puede definir la conducta habitual sin recurrir a ejemplos de la patológica y no puede definir el trastorno sin contraponerlo a ejemplos, no siempre los mismos, de la conducta aceptada (Devereux, 1956).

En última instancia el ocio de los jóvenes durante el fin de semana es un comportamiento cultural prescrito, cuya desaparición causaría profundos trastornos económicos en nuestra sociedad, que los adultos esperan de los jóvenes para poder visualizar en los mismos algún atisbo de contestación y que a la vez se vive como algo inaceptable por el comportamiento "vandálico" de al menos una parte de estos mismos jóvenes. El vandalismo se confunde a la vez con los riesgos y estos definen una patología, la del riesgo, que no sólo se visualiza en contraposición con el no-riesgo.

6. Dificultades para la acción

Una vez establecido el marco teórico y relacionarlo con los resultados de una serie de investigaciones, el tercer paso requiere mostrar la utilidad social de tales conocimientos. En la perspectiva que nos ofrece la supervisión institucional (Comas, 2000a), se trata de un paso imprescindible ya que supone una necesaria evaluación del trabajo realizado por los investigadores.

6.1. Posibles acciones institucionales

El ocio de fin de semana, construido como una cultura alternativa hace dos décadas, pertenece ahora al dominio económico del consumo, lo que implica serias dificultades a la hora de proponer cualquier intervención institucional que pretenda modificar las características de esta actividad social y económica. Sin embargo la forma concreta que adopta el ocio de fin de semana provoca, por una parte, malestar en un sector creciente de jóvenes y de otra parte constituye la fuente de los

principales riesgos que afectan a estos mismos jóvenes.

Las acciones institucionales deben entonces tener como finalidad favorecer procesos alternativos al ocio comercial y consumista de fin de semana, incrementando la oferta espacial y las prácticas alternativas para soslayar las consecuencias de la masificación. Se trata también de aumentar la calidad y evitar que las ofertas sean monotemáticas. En todo caso el objetivo no es competir con el ocio privado aportando recursos públicos para promocionar otro tipo de ocio equivalente. No se trata, por tanto, de facilitar gratuitamente el acceso a las actuales formas de ocio sino de ofrecer formas alternativas y variadas de ocio no consumista.

Apostar por tal opción supone realizar políticas locales que consideren al menos los siguiente elementos: a) recursos, que pueden ser limitados pero mucho más flexibles de lo que estable el actual marco presupuestario, b) una estrategia de promoción de la participación de los jóvenes, incluida la toma de decisiones, que contraste con la rigidez de la oferta jerárquica del mercado del ocio y haga atractivas las propuestas alternativas y c) la posible participación de la iniciativa privada en este proceso.

Si no se cumplen estos tres requisitos las acciones institucionales relacionadas con el ocio y los riesgos del fin de semana no parece que vayan a ser aceptables para los jóvenes y en último término muy eficaces.

6.2. Respuestas sociales

El análisis realizado en este artículo nos permite comprender el papel que desempeñan los distintos actores en los acontecimientos que se vienen describiendo, lo que a su vez nos indica las dificultades que mostrará cada uno de ellos frente a las acciones institucionales propuestas en el párrafo anterior. Las experiencias realizadas hasta ahora, y de forma concreta el programa "Redes para el tiempo libre/otra forma de moverte", nos indican que **los propios jóvenes** son los menos reacios a las alternativas propuestas, siempre que

estas respeten su autonomía, sus expectativas gregarias y el carácter lúdico de sus deseos para el tiempo de ocio. De hecho este resultado no es extraño si tenemos en cuenta que a más de la mitad de los jóvenes, una vez lo han probado, no les gusta el ocio consumista de fin de semana.

En cuanto a **las instituciones**, especialmente las locales que son las grandes protagonistas en este tema, muestran otro tipo de dificultades, la más importante que muchas no se sienten competentes en el tema y sostienen que a los deseos de autonomía de los jóvenes solo se debe dar respuesta la iniciativa privada. Se trata por tanto de un asunto en el que no quieren entrar o en el que sólo entrar desde la perspectiva del control de los riesgos. La segunda dificultad es el miedo que produce la participación activa de los jóvenes y la tercera se refiere a las dinámicas burocráticas (presupuesto anual, coordinación entre áreas,...) que impiden una gestión flexible y eficaz de las alternativas al ocio consumista. En todo caso, las propias experiencias de éxito, nos indican que la solución a las dificultades institucionales no es demasiado complicada. Se llama "decisión política" en la cúspide de la pirámide burocrática local. Las mayores dificultades paradójicamente proceden del tercer actor, **la sociedad, los padres, los adultos**, aquellos que elevan sus quejas sobre el ocio juvenil, pero que son incapaces de imaginar y aceptar otro tipo de ocio distinto, aunque les gustaría eliminar de las actuales prácticas los riesgos, el vandalismo y las concentraciones urbanas nocturnas.

La aparente contradicción de los adultos tiene que ver con los cambios acaecidos en torno al viejo contrato establecido entre la sociedad con los jóvenes. La versión tradicional afirmaba "*tu trayectoria personal (estudios y/o trabajo) garantiza tu futuro*", mientras que la actual versión liberal muestra una quiebra de las reglas del juego. El típico protagonista mediático de los años 90, producido por creativos adultos, es un joven que ni estudia ni sigue las reglas, pero un día tiene una buena idea y se hace millonario, al tiempo que en **la realidad cotidiana muchos y brillantes jóvenes**

profesionales están, con treinta y pico años, subempleados con contratos temporales en los servicios.

Pero los adultos siguen relacionándose con los jóvenes como si el viejo contrato social no se hubiera extinguido lo que les lleva a sentirse culpables. En este sentido la permisividad en el ocio de fin de semana, lo mismo que el retraso en la edad de emancipación, que no les falte dinero y el hiperproteccionismo familiar, son maneras de compensar la aceptación de una disciplina, a veces meramente formal, de los días laborables. Los adultos no saben como cambiar esta situación, carecen de una visión alternativa. Han quebrado el viejo pacto social, pero a la vez rechazan las consecuencias de esta quiebra. Exigen y obtienen, una disciplina laboral y escolar, a una generación que no puede pensar en términos tradicionales ni en el futuro ni en la seguridad. Una generación que se sostiene en la incertidumbre, que incluso la vive, de forma neurótica, como una prolongación alegre de la vida, frente a una responsabilidad que tarda en llegar, pero que se desea para no sentir que se ha perdido el tiempo. Los adultos critican el presentismo de los jóvenes, pero al tiempo reconocen que este es un producto del modelo económico que ellos mismos han creado (Megías et al, 2000b).

El ocio consumista de fin de semana, la "movida" de los adultos, a la que los jóvenes más conscientes oponen el neologismo "finde", es la piedra angular de este edificio. Por esto es tan importante. Por esto hay tantas resistencias entre los adultos a los programas alternativos de "finde", a los que han llegado, en nombre de una supuesta libertad, a acusar de "intentar manipular el ocio de los jóvenes". Los adultos aunque la critiquen defienden la "movida", su "movida", mientras cada vez más jóvenes sienten el "finde", su "finde" alternativo, como algo suyo, algo que les permite, escapar de la coerción consumista de la "movida" de los adultos que manejan el sector económico del ocio juvenil.

En este sentido conviene, finalmente, aclarar que las resistencias institucionales quizás no sean

tales, sino la resistencia de los adultos de la generación postfigurativa, mayoritariamente presentes en las instituciones.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- AGUILÓ, M.J.; GELABERT, I. y GONZÁLEZ, R. (2.000), *Investigació sobre l'ús que fa de les drogues la població de 14 a 25 anys de Palma*, Palma de Mallorca, Ayuntamiento.
- AGUINAGA, J. y COMAS, D. (1997), *Cambios de hábito en el uso de tiempo*, Madrid, INJUVE.
- ANDERSON, P. (1998), *Los orígenes de la posmodernidad*, Barcelona, Anagrama, 2.000.
- BECK, U. (1997), *Hijos de la libertad*, México, FCE, 1999.
- COMAS, D. (1993), *Los jóvenes y el uso de drogas en la España de los años 90*, Madrid, INJUVE.
- COMAS, D. (1996), "Representación social y estrategias sobre drogas: el caso español", en AUTORES VARIOS (1996), *Aprender y cambiar. Balance y perspectivas de futuro de la intervención sobre drogas en Europa*, Barcelona, Ayuntamiento/ITACA.
- COMAS, D. (1998a), "Ciudadanos, profesionales, instituciones, programas de investigación y movimientos sociales en la prevención de las drogodependencias" en INTERCAMBIO, nº 1, Madrid, FAD.
- COMAS, D. (1998b), "La familia española en cambio: la lógica de la protección y el riesgo" en AUTORES VARIOS, *La infancia en la familia y los sistemas de protección social*, Madrid, UNAF.
- COMAS, D. (1999), "Adicción a sustancias psicoactivas y exclusión social", en TEZANOS, J.F. (Edit), *Tendencias en desigualdad y exclusión social*, Madrid, Sistema.
- COMAS, D. (2000a), "Elementos para una intervención de calidad en el ámbito de las adicciones" en LAMEIRAS, M (Edit), *Nuevos enfoques en psicología clínica y de la salud*, Madrid, Dykinson.
- COMAS, D. (2000b), *Estimación de la evolución de la producción, el consumo y los problemas asociados al alcohol en España desde el año 1950 al 2000*, Madrid, Dirección General de Salud Pública.
- COMAS, D. y GRACIA, D. (2.000), "Análisis global del consumo: una síntesis" en GRACIA, D. y MEGÍAS, E. (Dir), *Ética del consumo, ética del control*, Madrid, FAD/FCS.
- DEBORD, G. (1967), *La société du spectacle*, París Gallimard, 1992.
- DELGADO, M. (1999), *El animal público*, Barcelona, Anagrama.
- DEVEREUX, G. (1956), "Normal y anormal" en *Ensayos de etnopsiquiatría general*, Madrid, Barral, 1973.
- DUMAZEDIER, J. (1988), *Revolución culturelle du temps libre*, Paris, Meridiens.

GERSHUNY, J. (1991), "El crecimiento económico y el cambiante equilibrio entre trabajo y ocio" en INFORMACIÓN COMERCIAL ESPAÑOLA, nº, 695, Madrid, Ministerio de Economía.

GIDDENS, A. (1991), *Modernidad e identidad del yo*, Barcelona, Península, 1998.

KEESSLER, D. Y MASSON, A. (1985), *Cycles de vie et générations*, Paris, Económica,

MANNHEIM, K. (1928), *Le problème des générations*, Paris, Nathan, 1990.

MARIAS, J. (1968), "Generaciones" en la *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, Vol VII, Madrid, Aguilar.

MARTÍN SERRANO, M. (1994), *Historia de los cambios de mentalidad de los jóvenes entre 1960 y 1990*, Madrid, INJUVE.

MEAD, M. (1970), *Cultura y compromiso, estudio sobre la ruptura generacional*, Barcelona, Gedisa, 1990.

MEGÍAS, E. et al. (2000b), *Los valores de los españoles y las drogas*, Barcelona, Fundación la Caixa.

MEGÍAS, E.; COMAS, D.; ELZO, J.; NAVARRO, J. y

ROMANI, O. (2000a), *La percepción social de los problemas de drogas en España*, Madrid, FAD.

PRONOVOST, G. (1996), *Sociologie du temps*, Paris, De Boeck.

RYBCZYNSKI, W. (1991), *Esperando el fin de semana*, Barcelona, EMECE, 1992.